

Verdes moradas del placer



ANDRÉS DE LUNA

La lujuria tiene el poder alquímico de convertir el universo en constante analogía sexual. Cada cosa puede tener su referente en el pene, la vagina, los rizos púbicos, la boca, los muslos, las nalgas, el esperma o la lubricación. Todo consiste en hacer del Eros una figura proteica que se transfigure de acuerdo con los poderes del imaginario, que, por lo general, encuentra un aliado en la naturaleza. Petronio, en *El satiricón*, hace que la bruja Enotea prepare un ritual con el objeto de devolver la potencia viril, y para ello emplea las fálicas raíces del poro, así como apio y avellanas. Esto para templar un miembro que, según palabras del texto, “era una correa en remojo, no un miembro viril”.

El viaje de la lubricidad es un periplo que husmea por una intrincada red de caminos. A veces se nutre de experiencias anteriores o se desdobra ante la inminencia de la novedad. Aunque también admite la sorpresa o se pasma ante las bondades de la flora y sus vegetaciones.

El marqués de Sade escribió un amable relato al que tituló “La flor del castaño”, en donde se lee:

Se pretende (yo no lo aseguraría, pero algunos sabios nos persuaden) que la flor del castaño tiene, sin lugar a dudas, el mismo olor que esa prolífica simiente que la naturaleza quiso ubicar en los riñones del hombre para la reproducción de sus semejantes. Una joven de alrededor de 15 años, que nunca había salido de la casa paterna, paseaba un día con su madre y con un coqueto abate por un camino bordeado de castaños, cuyas flores perfumaban el aire, en el sospechoso sentido que acabamos de indicar. —¡Oh, Dios mío, mamá, qué olor tan peculiar —dijo la joven personita a su madre, sin adver-

tir de dónde procedía..., pero huelo, mamá... es un olor que yo conozco! —¡Vamos, cálese señorita, no diga esas cosas, por favor!

—¿Y por qué, mamá, eh? No veo que haya nada de malo en decirle que ese olor me es familiar.

—Señorita —dijo el abate, pellizcando su papada y aflautando el sonido de su voz—, es muy cierto que lo que hay de malo, en sí mismo, es poco; pero ocurre que estamos pasando entre castaños, y que nosotros los naturalistas admitimos que la flor de castaño...

—Y bien... ¿la flor de castaño...?

—Y bien, señorita, es que esa flor huele a esperma.

André Pieyre de Mandiargues alude a este mismo hecho en su relato “El castaño”, al que pertenecen las siguientes líneas:

La fachada de la casa sigue siendo igual de blanca, pero no cabe duda de que el día ha descendido, y, por la puerta abierta, Lugio ve sólo negro en la habitación donde está la mesa redonda en la que han hecho una comida muy ligera de *prosciutto* y melón, acompañada de un vaso o dos de lambrusco, ese vino tan ligero de alcohol como una cerveza. Hasta donde están Ceres Alfarelos, Méric Magne y Lugio baja un perfume de efusión sexual, que es el de las flores de castaño. Ceres, que ha cerrado los ojos y tiene vueltos hacia lo alto las ventanas de la nariz, que parecen abiertas para acoger cuanto pueda del olor.

Otro momento de interés, en el que se vincula el aroma de una flor al apetito lúbrico, está en la novela *El jardín*

de los suplicios de Octave Mirbeau, el discreto autor del *Diario de una sirvienta*. La escena es la siguiente:

De improviso, Claire se detuvo como si un brazo invisible se hubiese apoyado brutalmente en ella. Inquieta, nerviosa, con las ventanas de la nariz muy abiertas, a la manera de una cierva que ha olfateado al macho, aspiró el aire en torno suyo. Un estremecimiento, que era en ella el anuncio del orgasmo, recorría todo su cuerpo. Sus labios se volvieron más húmedos y rojos. —¿Has sentido? —me preguntó, con voz breve y sorda.

—Aspiro el aroma de las peonías que llena el jardín, comenté.

Ella, impaciente, hirió el suelo con su pie.

—¡No es eso!... ¡No has olido?... ¡Acuérdate!

Y con la nariz aún más dilatada y los ojos más brillantes, me dijo:

—¡Huele muy bien, es un olor semejante al que hay cuando te amo! Entonces se inclinó vivamente sobre una planta, un talictro, que, en el borde de la alameda, erguía su largo tallo fino, ramoso, rígido, de un morado claro. Los ramos auxiliares salían de estuches de marfil en figura de órganos sexuales y terminaban en densos racimos de menudas flores cubiertas de polen.

—¡Es ella!... ¡Ella!... ¡Oh, querido mío!

En efecto, un olor potente, fosfatado, un olor a esperma subía de aquella planta. Claire tomó el talló, me obligó a respirar su extraño olor, y luego, embadurnándose la cara con el polen, expresó:

—¡Oh, querido! —dijo— ¡Qué hermosa planta! ¡Cómo me embriaga su aroma! ¡Por qué habrá plantas que exhalan el perfume del amor?... ¡Por qué? ¡Dime! ¡No lo sabes? Pues bien, yo lo sé. ¡Por qué habrá tantas flores parecidas a los órganos sexuales, si no es porque la naturaleza no cesa de gritar a todos los seres vivientes: "Amaos los unos a los otros, hagan lo que las flores... No hay más que el amor"? Dile también que sólo existe el amor... Díselo en seguida.

En los días actuales se sabe que entre las plantas y el hombre existe una evidencia comunicativa. Clive Backster en 1966 fue uno de los pioneros en la experimentación de las reacciones vegetales. Él utilizó un galvanómetro y procuró detectar la sensibilidad de las plantas ante los estímulos del exterior. Marcel Vogel escribió que

la experiencia quizás más increíble en el ámbito de las relaciones entre el humano y los vegetales ha tenido lugar en

Findhorn, pequeña comunidad de 150 personas, situada a orillas del Mar del Norte, en Escocia. Los habitantes de este lugar, siguiendo una antigua tradición celta, dejan un puñado de tierra, un campo baldío que nadie toca, para solaz de las hadas y los elfos y como muestra de reconocimiento por su ayuda. La comunidad medita y habla con las plantas, elogia su belleza, les habla del amor. Todo reposa en una filosofía en la cual las plantas, la tierra natal y los elementos naturales forman la auténtica comunidad de la vida. Allí los árboles, las legumbres, las flores y todo lo que se plante crece de forma particular, sobre todo si se toma en cuenta que el terreno es arenoso y yermo. Pocos logran explicar el fenómeno que acontece en esta región de Escocia.

Los biólogos han encontrado que las plantas son capaces de percibir y dar respuestas a los acontecimientos desarrollados alrededor de ellas. El escritor argentino Carlos Castagnini en su relato "El hechizo" hace énfasis en algunas de las consideraciones exteriores:

Todo estaba igual que siempre. Nada había cambiado, excepto mi miedo y un funesto presentimiento, como también las plantas, que variaban constantemente de color. Ese anochecer me detuve a observar las coníferas y cicas. El tono rojo de estas últimas me llamó poderosamente la atención. Hacía tiempo, un especialista que vino expresamente consultado por un amigo, no supo decirme a ciencia cierta las causas de ese fenómeno. Tuve que conformarme a partir de ese momento con ver cómo el marco mutaba. Lo extraño era que el cambio operado en las plantas ya lo había notado la tarde en que precisamente vino Marta. ¡Marta! Era absurdo pensar que Marta tuviera la facultad de producir cambios en las plantas; si fuera así evidenciaba que en ella existían fuerzas ocultas aún no descubiertas por mí, excepto la tersura de su cuerpo y las ansias desesperadas de amar, amar hasta la locura como si en el frenesí se le escapara la vida ... El tronco que se encontraba entre la chimenea y el secreter isabelino, mi orgullo, descansaba en su abandono. Ese tronco que encontraba en el camino de los tamarindos y que presentaba la figura de un ser humano, más semejante al de una mujer, despertó en Marta un asombro insospechado ... De pronto, con un asombro in crescendo, oí el carillón del reloj que daba las veintidós horas ... Una imperiosa voz interior me ordenaba que mirara el tronco. Cuando lo hice, aquella visión me sacudió. La madera estaba sufriendo una metamorfosis alucinante; era el cuerpo en éxtasis de Marta encendido por el rojo de las llamas. Me acerqué para tocarle la suavidad

de su piel, la tersura de los senos, y mis dedos palparon la aridez muerta de la cáscara del tronco.

En "La rama dorada", Frazer relata varios casos donde una persona puede influir sobre las plantas de manera sobrenatural. Uno de ellos es el de la mujer malaya que cultivaba el arroz desnuda de la cintura para arriba. De esta manera creía que en la próxima cosecha los arrozcos vendrían con una cascarilla muy delgada, ya que la ausencia de ropa era sinónimo de una transmisión mágica a los granos cosechados. Mircea Eliade, en *Tratado de historia de las religiones*, menciona que

gracias al prototipo cósmico del que provienen sus virtudes, las hierbas facilitan el parto, acrecientan el poder genético, aseguran la fertilidad y la riqueza ... La planta —rizoma, flor de loto— expresa la manifestación del cosmos, la aparición de las formas ... En lugares como Francia, Inglaterra, Bohemia, por ejemplo, la costumbre exige que se escoja una "reina de mayo". Pero la mayoría de las tradiciones populares conserva la pareja primordial bajo diferentes apelaciones: rey y reina, amo y ama, novio y novia, los enamorados (como en el caso de Sicilia y Cerdeña). Se trata sin duda de una imagen alterada de la joven pareja que, antiguamente, estimuló a las fuerzas creadoras de la naturaleza uniéndose ritualmente sobre los surcos y repetía así el matrimonio cósmico entre el cielo y la tierra. Esas parejas se encuentran siempre a la cabeza de las procesiones que llevan "el árbol de mayo", y son una continuidad de ese vínculo entre lo vegetal y lo humano. Las efigies vegetales de granja en granja recogiendo regalos. A menudo se les considera como parejas casadas; en otros conjuntos y niveles culturales, la pareja ceremonial pierde su sentido originario (hierogamia), que es absorbido por el rito de la orgía. Por lo demás, es difícil precisar en ciertos casos la medida en que un rito se articula en un sistema erótico o en un sistema telúrico agrario. La vida se revela como unidad.

Thomas Burnett Swann en esa obra maestra que es *La mansión de las rosas* (1980) reencuentra el mito de la mandrágora con sus poderes erógenos. El primer encuentro con esa planta se da a través de un equívoco:

Stephen percibió un olor tan desagradable como el de las ciénegas de los brezales y un grito que recordaba el aullido de una fiera herida. El perro Bucéfalo retrocedió sorprendido como un potro asustadizo y le tiró al suelo. Desde allí vio tres

espaldas rígidas a la luz de la luna. Pero no eran espaldas, eran troncos, una horripilante imagen de miembros retorcidos. No, no eran ni siquiera árboles, les faltaba la naturalidad del tronco y sus ramas. Eran distorsiones. Perversiones. Eran árboles que fingían ser hombres. Eran mandrágoras.

En la película *Conquista sangrienta* (*Flesh more blood*, 1985) del holandés Paul Verhoeven aparece una escena por demás interesante: corre el año de 1501, las luchas intestinas asuelan a la Europa occidental en un mar de sangre y enfermedad. El único elemento que hace llevadera la vida de los aristócratas es el coloquio amoroso. La princesa Agnes (Jenniffer Jason-Leight) fue comprometida en matrimonio con Steven (Tom Burlinson). Nunca se han visto y su primer encuentro se da repentinamente. La muchacha se irrita por la actitud insolente de su prometido, cabalga por los bosques sin rumbo fijo. Él la persigue para disculparse. De pronto ella se detiene ante la imagen de unos ahorcados. Entonces se establece el diálogo que sigue:

Steven: ¿Qué haces en este asqueroso sitio? ¿Buscas algo?

Agnes: En el convento leí un libro sobre el amor y los hechizos. Ahí encontré un párrafo fascinante...

S: ¿De qué se trata?

A: De una raíz mágica, la mandrágora, que crece en estos lugares. Si la comen el hombre y la mujer se amarán para siempre.

S: ¿El libro dice que debe buscarse aquí?

A: Las monjas tuvieron el cuidado de tachar esa parte.

S: Cuando un hombre es ahorcado se viene, eyacula, y su semen cae a la tierra. Allí nace la mandrágora.

A: Por eso tacharon esa parte. (Ella escarba un poco y encuentra una raíz con formas humanas.) Aquí está, te lo dije. La mitad para cada quien. Cómela y nos amaremos para siempre.

S: ¡Tonterías! Lo han inventado. Cualquier estudioso dirá que es una tontería.

A: ¿Es así como estudian la naturaleza? La comeré, me gusta comprobar todo por mí misma. (La prueba.) Creo que me hace efecto. Me siento extraña por dentro.

S: ¿No te parece que es sólo un nabo?

A: Es una raíz mágica.

S: Todo mi cuerpo se estremece. Tócame, siento cómo late mi corazón por ti. (Se besan.) ¡Ahora ya nada nos separará!

En su comedia *La mandrágora* (1518), Niccolo Machiavelo hace un retrato excepcional de la astucia floren-

tina y la corrupción de las costumbres. El audaz triunfa por encima de la chatura de entendederas de un hombre de estupidez proverbial. La escena donde se gesta el engaño al torpe Nicia es la que sigue:

Calímaco: Escucha bien: no hay cosa más infalible para que una mujer quede encinta que hacerle tomar una poción hecha con mandrágora. He tenido oportunidad de experimentar lo dicho varias veces y siempre ha sido eficaz; de no ser así, la reina de Francia sería estéril, al igual que muchas otras princesas de ese país.

Nicia: ¿Será posible?

C: Es tal como te digo. Tanto te protege la fortuna que he traído todos los ingredientes necesarios para preparar esa poción, y puedes tenerla cuando gustes.

N: ¿Cuándo la deberá tomar?

C: Esta noche luego de cenar, pues la luna es propicia y el momento no podría ser más oportuno.

N: Tal vez me cueste un poco convencerla. De todos modos, prepárala. Yo se la haré tomar.

C: Ahora habrá que examinar un detalle: el hombre que por primera vez yazca con ella, después de que haya tomado la poción, muere en el término de ocho días y no hay cosa en el mundo que pueda salvarlo.

N: ¡Mierda! ¡A otro con ese cuento! ¡A mí no me lo vas a endilgar! Bonito arreglo el tuyo.

C: Ten calma: hay un remedio.

N: ¿Cuál?

C: Hacer que otro se acueste con ella, de modo que al pasar la noche juntos él absorba toda la infección de la mandrágora.

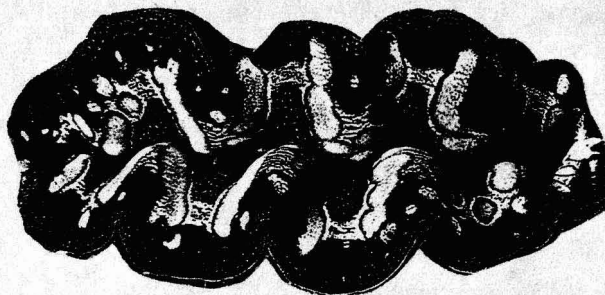
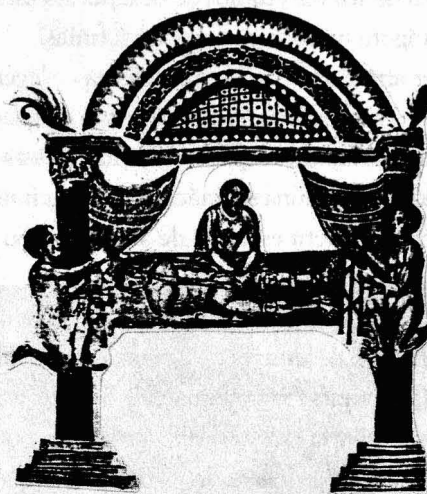
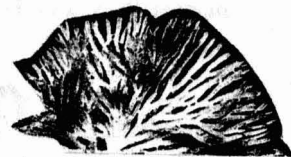
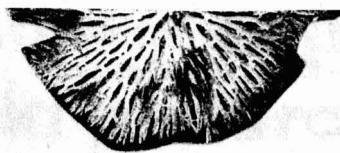
N: Eso sí no lo voy a hacer.

C: ¿Por qué?

N: Porque no quiero convertir a mi mujer en una ramera y a mí en un cornudo.

C: ¿Qué dices? Pareces menos sabio de lo que creía. ¿Conque dudas en hacer lo que hizo el rey de Francia y otros muchos principales de por allá?

N: ¿Y dónde quieres que encuentre a alguien que se preste a semejante locura? Si le digo de qué se trata no va a querer; si no lo digo lo traiciono, y tendría que vérme las con los Ocho de la Magistratura. No, no quiero terminar mal.



Phonair.

C: Si eso es lo único que te preocupa, déjamelos por mi cuenta.

N: ¿Y cómo lo vas a arreglar?

C: Muy simple: yo te entregaré la poción esta noche, después de que hayas cenado; tú se la harás tomar, la mandaremos a la cama en seguida y aguardarás a que sea la cuarta hora de la noche. Luego nos disfrazaremos, tú, Ligurio, Siro y yo, e iremos a la busca por el Mercado Nuevo o el mercado Viejo u otros lugares parecidos: al primer pelafustán que encontremos haraganeando, lo amordazamos y a palo limpio lo llevamos a tu casa y lo hacemos entrar a la alcoba, a oscuras. Una vez allí, lo metemos en la cama, le decimos lo que tiene que hacer, y no habrá dificultad alguna. Después, por la mañana, lo pones en la calle antes de que aclare; harás que tu mujer se lave y gozarás de ellas a tus anchas y sin peligro.

N: A mí me parece bien, especialmente si —como dijiste antes— reyes y príncipes lo han hecho de la misma manera. Pero, por sobre todo, que no se sepa, ¡por amor de los Ocho!

El resultado de semejante trampa es que un joven consiga los favores de un Eros supremo. Nicia es el cornudo consentidor, que admite la cópula prohibida con tal de librar a su esposa de los infortunios de la supuesta esterilidad. La mandrágora ha cobrado nuevas víctimas.

El carácter afrodisíaco de la mandrágora es legendario. Sus poderes o la inexistencia de ellos están en relación directa con muchos factores capaces de influir en esta raíz. Lo único cierto es que es una solanácea cuyo crecimiento está al margen de requerir esperma de ahorcado. Su olor es fétido y su sabor un tanto amargo.

Borges, tan memorioso e imbricado en sus laberintos, consideró en *El libro de los seres imaginarios* que “la mandrágora tiene la supuesta forma humana”. Gabriel Trujillo Muñoz hace extensiva la idea y en 1989 publica su poemario *Mandrágora*, donde se refiere de manera directa a esta mitología erótica. El que sigue es el primero de los ocho cantos que integran este hermoso ciclo:

Las palabras se afianzan al mundo
Ahondan sus raíces
¿Eres tú Mandrágora
Muchacha que aprisiona entre sus muslos
Al sol que se derrama
Eres tú
Acaso
La única que entiende estos sucesos
La única que puede convencerme
Que la muerte se disfraza con mi rostro
Que la muerte respira por mi cuerpo
Que la muerte se empeña
En vivir mi vida y soñar mis sueños?
¿Eres tú
Acaso
Muchacha cuyo follaje me cubre y enaltece
La única que puede darme
Algo más que una respuesta?
¿Tal vez un sol
Que nazca entre las ruinas
E imponga su luz en medio de la muerte?
¿Tal vez una estrella que perdure
Más allá de su propio cataclismo?

¡O un alma que sobreviva
Al purulento festín de los gusanos
Y brille como un presagio a punto de cumplirse?
Con eso me conformo
Mandrágora
Únicamente con eso.

Una planta que tradicionalmente se une al amor, al recuerdo y a la muerte es el romero. Néstor Luján, con su erudición característica, le dedica unos párrafos de *Carnet de ruta*:

Sir Thomas Moore escribe: en lo que se refiere al romero, lo dejo crecer en mi jardín, no porque solamente les gusta a las abejas sino porque es la hierba consagrada al recuerdo y por consiguiente a la amistad; de ahí viene que una rama de romero tenga un lenguaje mudo, y por esta razón se le hace servir en nuestros funerales y se le coloca en los cementerios. Hasta ahí Moore, de hecho, el inagotable Shakespeare vuelve a hablar del romero en *Romeo y Julieta* cuando exclama el padre Lorenzo ante Julieta aparentemente muerta: “Secad vuestros llantos y poned vuestro romero encima de este hermoso cuerpo.”

El romero está lejos de ser una hierba meramente fúnebre, pues también forma parte de las mitologías gastronómicas; por ejemplo, el queso Brin d'amour es un producto excelso de Córcega cuya costra está elaborada de esta aromática planta. Mandrágora y romero son parte de las fantasías de Eros.

Pero el romero no es solamente una hierba funeraria en Inglaterra; antiguamente, en las bodas, las damas de honor llevaban ramitas de romero teñidas de oro y sus florillas azules como símbolo de constancia en el amor. En lo que se refiere a la perfumería, el romero es el principal componente de la célebre agua de la reina de Hungría, que no era otra cosa que el alcoholato de romero. Esta agua hizo furor en la corte de Luis XIV por sus pretendidas virtudes higiénicas. De esta agua pasaba por inventora la reina Isabel de Hungría. Dícese que esta princesa polaca sedujo a Carlos Roberto, rey de Hungría, a pesar de ser septuagenaria, gotosa y casi paralítica, y que, gracias a este mejunje, el rey se casó con ella. Este preparado fue el favorito de otra dama coriácea, *madame* de Maintenon, quien, también en edad canónica, casó con Luis XIV. El romero tiene, pues, virtudes higiénicas, medicinales y casamenteras. ¿Quién podría dudar de los efectos que las plantas ejercen en el imaginario de los placeres? ♦